



Konvergencias, Filosofía y Culturas en Diálogo
ISSN 1669-9092
Año V, Número 17, Abril 2008

CRÍTICA DE ADAM SMITH A LA ÉTICA DEL “AMOR PROPIO” DE BERNARD MANDEVILLE.

María Cristina Ríos Espinosa (México)¹

Introducción

Smith crítica el sistema moral mandevilliano por eliminar por entero la distinción entre el vicio y la virtud. Además no está de acuerdo con él en que toda acción que tenga como principio el “amor propio” sea egoísta, ello se debe a una mala interpretación de cómo opera la simpatía en los seres humanos. Smith establece como uno de los imperativos de la moralidad el “cuidar de uno mismo”, procurar mantener la existencia tanto del cuerpo como todas las necesidades materiales derivadas de él, como son su reputación, tener una buena imagen de sí mismo, obtener la aprobación personal como base de su personalidad, y ello desde la perspectiva smithiana no le convierte en un ser egoísta como creía Mandeville.

&1.- Crítica al rigorismo teórico del lenguaje moral mandevilliano

Smith crítica el rigorismo de los conceptos de virtud y vicio en el sistema moral mandevilliano y lo ironiza, considera que es a causa de este rigorismo teórico por el que toda acción práctica parece provenir del vicio:

¹ María Cristina Ríos Espinosa es licenciada en Economía por la Universidad Panamericana. Maestra y doctora en Filosofía por la UNAM. Es catedrática en el Doctorado en Educación de la Universidad Marista, también imparte las materias de Estética y Teoría del Arte en la Maestría de Arte y Decodificación Visual del Instituto Cultural Helénico. Es catedrática de la materia de Historia de la Cultura, Filosofía Medieval y Arte Contemporáneo en la Maestría de Humanidades de la Universidad Anáhuac del Norte. Actualmente realiza una investigación con el tema *La función utópica del arte* en el Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha publicado *Fundamentación ética del mercantilismo, Bernard Mandeville: La paradoja del vicio en la sociedad* (2002). Ha escrito artículos sobre teoría del arte para revistas como: “La polaridad de la obra de arte”, Revista Tierra Prometida, CONACULTA, México, (enero-2005), así como diversos artículos de crítica a la ética del mercado en la Revista de Humanidades del Tecnológico de Monterrey Campus México (2007) y en la Revista Intersticios de Filosofía de la Universidad Intercontinental (enero-2008). Ha participado en libros colectivos con el ensayo: “La agonía de la belleza: ¿Crisis del arte o arte de la crisis?” en *Tópicos del Saber Filosófico*, coord. Jorge Martínez Contreras, Asociación Filosófica de México-Siglo XXI (junio-2007); así como “El arte como lugar de la utopía” en *Filosofía de la Cultura: Reflexiones contemporáneas*, comp. Arturo Aguirre, Afínita editorial, México, 2007.

“Procura (el Dr. Mandeville) subrayar la imperfección de la virtud humana... no alcanza esa completa abnegación que pretende. Siempre que nuestra reticencia... al placer no llegue a equivaler a la abstinencia más ascética, la trata como si fuese obscena lujuria y sensualidad... lujuria es todo lo que excede el mínimo necesario para la naturaleza humana, con lo cual es vicioso hasta el uso de una camisa limpia o una habitación cómoda.”²

Si juzgamos la conducta bajo este estrecho margen de validez y aprobación todo parecería como corrupto. Smith encuentra la causa de estas limitaciones en el rigorismo teórico de Mandeville, en definir los conceptos de vicio y virtud desde un imperativo de abnegación absoluta, comunes en los sistemas morales antiguos como en el estoicismo absoluto. En función de estos sistemas toda acción humana sería calificada como un vicio, cuando no es así. Smith aboga por un estocismo moderado y no absoluto, como ya su maestro Hutcheson había criticado con anterioridad, Mandeville había adoptado el rigorismo estoico como recurso metodológico, con el fin de reducir al absurdo las acciones virtuosas de los hombres:

“Fue fácil para el Dr. Mandeville probar, primero, que la conquista absoluta de nuestras pasiones es imposible entre los hombres, y segundo, y que si se pudiera lograr de manera universal sería dañino para la sociedad, pues acabaría con la industria y el comercio... Por su primera proposición parece probar que la virtud real no existe, y quien pretendiera tal cosa no era más que un tramposo e impostor, y en su segunda proposición cree probar que los vicios privados son beneficios públicos, dado que sin ellos la sociedad no prosperaría.”³

La intención de Mandeville ante este recurso estoicista sólo es teórica, ello no significa que verdaderamente lo aprobara, fue un recurso con intenciones satíricas al pretender burlarse de todo aquello que presumía virtud en sus acciones. Smith le reconoce cierta verosimilitud a sus ataques, pues de lo contrario nadie le hubiese tomado en serio, la indignación que causó en los círculos literarios y religiosos obedece a un asomo de verdad a sus denuncias:

“Existe, sin embargo, otro sistema que parece haber eliminado toda distinción entre vicio y virtud, y cuya tendencia es totalmente perniciosa, me refiero al sistema del Dr. Mandeville. Aun cuando las nociones de este autor son casi en todos sus aspectos erróneas, sin embargo, parecen existir en la naturaleza humana... a pesar de la rústica elocuencia del Dr. Mandeville, su doctrina está revestida de un aire de verdad y probablemente sea muy apto para imponerla sobre los inexpertos.”⁴

A pesar de todo el ruido que el sistema de Mandeville provocó y de lo destructivo que pueda parecer, Smith no deja de reconocer apariencias de verdad en el sistema moral mandevilliano, de no ser así no se explica cómo pudo causar tanta polémica:

² Adam Smith, *La Teoría de los sentimientos morales*, trad. Carlos Rodríguez Braun, Alianza Editorial, Madrid, España, 2004, p. 542.

³ *Ibid.*, p. 458-459.

⁴ Adam Smith, *The Theory of Moral Sentiments*, II, Cap. IV, “Of Licentious Systems”, p. 451.

“Algunos de los artículos, para ser justos, e incluso aquellos más sobrecargados, tienen algún fundamento, de no ser así el fraude se hubiese detectado inmediatamente.”⁵

Smith tiene razón al acusarlo de ambigüedad en el uso del lenguaje moral, pero no comprende las verdaderas intenciones de Mandeville, su objetivo es ironizar y no defender verdades teóricas absolutas, sino divertir a su lector y denunciar a la superflua sociedad estamental inglesa; no obstante es defensor de las limitaciones del poder político, estamental y religioso, está a favor de la publicidad en la prensa escrita y en las revistas literarias como contrapeso político⁶.

Smith encuentra en el manejo de los conceptos de virtud mandevillianos una insensibilidad inaceptable, sostiene que practicar la virtud no implica negar sentimientos ni emociones, es un imperativo moral conservarlas al ser dichos sentimientos aquello que impulsa a la acción virtuosa. El “amor propio” no es excluyente del amor por los demás como suponía Mandeville, al igual que Hobbes. Para Smith toda virtud debe ir acompañada de los sentimientos:

“Toda virtud si es práctica va acompañada de cierta sensibilidad que puede ayudar a practicarla o a alejarnos de su práctica, pero se cae en una equivocación el pretender arrancarles toda sensibilidad.... las virtudes no exigen una insensibilidad absoluta ante las pasiones que pretenden controlar. Sólo se proponen reprimir la vehemencia de dichas pasiones para que no dañen al individuo y no perturben ni ofendan a la sociedad”⁷.

Así como rechaza la visión estoica absoluta y ascética mandevilliana en el nivel teórico, también se opone a su “ética consecuencialista” inherente en la tarea política, la utilidad de un orden político, según Smith, no es suficiente para juzgar la propiedad o impropiiedad de una acción. No es suficiente que una acción privada contribuya al “orden social” para denominarla virtud. La virtud no puede ser derivada de manera absoluta de la contemplación del orden social, que vista como una maquinaria y viendo que sus engranajes se ajustan perfectamente a su funcionamiento podemos juzgarla armónica y bella, si bien tiene consecuencias agradables no es un criterio suficiente de juicio moral:

“rara vez se detiene a pensar que esta perspectiva política... no puede ser la base de la aprobación y reprobación con la que siempre ha estado habituado a calificar esas diversas cualidades.”⁸

⁵ Ibid., p. 460.

⁶ Mandeville era un liberal, se le puede asociar con un Whig moderado, se opone a las teorías políticas de los Tories acerca del derecho divino, la no resistencia y la obediencia pasiva; apoyaba la Revolución de 1688 y los ideales constitucionales de una monarquía limitada; abogaba por un gobierno mixto, pues en su opinión no existían formas perfectas de gobierno, como en cada forma particular encontramos desventajas, era preferible un gobierno mixto que combinara monarquía, aristocracia y democracia, en la forma parlamentaria de Rey, Lores y Comunes, ello aseguraría mayores beneficios. Defendía la división de poderes y la separación de la política y la religión, criticaba las ambiciones mundanas de la iglesia católica, su hipocresía y su intolerancia. Abogaba por una política de tolerancia entre las distintas sectas protestantes, pero no incluía a los católicos romanos por desestabilizar los acuerdos políticos ingleses, lo cual conduciría a la rebelión.

⁷ Smith, *Op. cit.*, p. 543.

⁸ Adam Smith, *The Theory of Moral Sentiments*, p. 553.

Smith admite que las acciones ordenadas, al ser contempladas según su utilidad, sean juzgadas como bellas, pero ello no puede ser un fundamento suficiente del juicio moral. Para ello se requieren de cuatro condiciones morales: 1) Simpatizar con los motivos del agente; 2) Asumir la gratitud de quien recibe los beneficios de quienes han cosechado los beneficios de sus acciones; 3) Adecuación de la conducta a las reglas generales de esas dos primeras simpatías; 4) Considerar las acciones como parte de un sistema de moralidad que promueve la felicidad pública y privada:

“cuando consideramos tales acciones como parte de un sistema de conducta que tiende a promover la felicidad del individuo o de la sociedad, parecen derivar de esta utilidad una belleza no distinta de la que adscribimos a una máquina bien planeada”⁹.

De esta forma el sistema del “amor propio” mandevilliano se quedará solamente con la cuarta condición, la de su utilidad y olvidará las otras tres. Pasemos ahora a la crítica de Smith al sistema del “amor propio” mandevilliano, lo ataca principalmente por identificar el “amor propio” con el egoísmo, encuentra la causa de esta afirmación a una indebida comprensión y una falsa interpretación del sistema de la simpatía.

&2.- La “teoría de la simpatía” smithiana frente al sistema del “amor propio” mandevilliano.

Adam Smith comienza la tercera parte de su *Teoría de los sentimientos morales*, analizando los distintos sistemas de moralidad en la historia de la filosofía, comienza haciendo una distinción entre el sistema antiguo, donde revisa críticamente la filosofía racionalista platónica y el estoicismo absoluto de Séneca; después pasa al estudio de una moralidad epicureista basada en el mayor placer y en evitar el máximo dolor, y por último el sistema del “amor propio”, donde crítica aquellos sistemas de moralidad que identifican al “amor propio” con el egoísmo, cuyos representantes serían Hobbes, Puffendorf y Mandeville. Lo novedoso en la moralidad smithiana fue suprimir del concepto del “amor propio” toda su identificación con un vicio, como lo hacía Mandeville, y transformarlo en un principio necesario para motivar los sentimientos de benevolencia o de la simpatía humana.¹⁰

⁹ Ibid., p. 569.

¹⁰ Los sistemas de moralidad antigua basaban la virtud en la propiedad, recomendaban el auto-control, la fortaleza del carácter, la magnanimidad, la independencia de la fortuna y el desprecio de los accidentes externos, del dolor, la pobreza, el exilio o la muerte, éste es el caso de la doctrina Estoica. En cambio, los sistemas benevolentes al mismo tiempo que fomentan las virtudes más elevadas, parecen negar por completo las más respetables cualidades del entendimiento, les es negada la categoría de virtud, serán ahora “habilidades morales”, como cualidades que no merecen el mismo aprecio y aprobación que la virtud propiamente dicha. El mérito de la benevolencia y de la prudencia pierden su cualidad de virtudes si lo que buscan es promover el interés privado. Aquel sistema que hace que la virtud consista sólo en la prudencia, cuando alienta los hábitos de la precaución, vigilancia, sobriedad y juiciosa moderación, parece degradar las virtudes respetables, y quitarles toda su belleza y grandeza. Sin embargo, la tendencia general de todos estos sistemas benevolentes es alentar los buenos hábitos del entendimiento humano, según Smith.

Smith critica la mirada escéptica de Mandeville sobre cualquier acción recta y digna de mérito, para éste último, el origen de toda acción aparentemente virtuosa provenía del “amor por la alabanza” (*love of praise*) o de la vanidad humana, sostenía que el hombre estaba más interesado en su felicidad privada que en la de los demás, aparentaba sacrificar sus intereses cuando en realidad sus motivos eran siempre egoístas y muy agradables a su “amor propio”, todo espíritu público era una impostura y una trampa a la humanidad. En contraste, Smith responde que el “amor propio” está lejos de ser un vicio, es por el contrario, un motivo para la acción virtuosa y demuestra cómo el deseo de realizar acciones honorables y de ser objetos de estima y aprobación pública no puede ser considerado vanidad. Aún el “amor por la fama” y la reputación bien fundamentada, el deseo de adquirir estima no merece tal calificativo, se puede llamar con propiedad “amor a la virtud” y “amor por la verdadera gloria”, una pasión inferior a la virtud si se quiere, pero a su vez un derivado de la virtud y por tanto digna. El culpable de vanidad es aquel que desea la alabanza de cualidades que no son “dignas de alabanza” (*praiseworthy*), o que le alaban pero no en el grado que el desearía. Según Smith es culpable de vanidad:

“...aquel que se da aires de importancia del cual no posee título; el tonto mentiroso que asume mérito sobre aventuras que nunca ocurrieron; el plagiarlo que se nombra autor de acciones sin habilidades para realizarlas, ellos con razón pueden ser acusados de esa pasión. Se dice que es culpable de vanidad aquel que no se conforma con los sentimientos silenciosos de estima y aprobación; quien prefiere las expresiones ruidosas y la aclamación de los sentimientos de los demás; que no está satisfecho más que cuando las alabanzas suenan en sus oídos, y quien solicita con la ansiedad más inoportuna las marcas de respeto; es fanático de los títulos, cumplidos y ser tomado en cuenta en los lugares públicos con la apariencia de que no le importa.”¹¹

Smith establece una clara separación entre la vanidad y los deseos de honor y estima, mientras que Mandeville los considera vanidad por igual sin distinción entre ellos y por tanto vicios. Smith le quita a estas pasiones su peso negativo y las valora positivamente, con lo cual las legitima y supera la paradoja mandevilliana de “vicios privados hacen virtudes públicas”. Para Smith, el “interés propio” deja de ser considerado un vicio, y es transformado como aquello cuya promoción favorece el orden en la sociedad civil y la obtención del “interés público”. No obstante, reconoce cierta afinidad entre la vanidad y el amor por la verdadera gloria, dado que ambas pasiones buscan obtener estima y aprobación, pero la diferencia radica en que mientras el “amor-a-la-gloria” es una pasión justa, razonable y moderada, “la vanidad” es injusta, absurda y ridícula por desmesurada:

“El hombre que desea estima por aquello que es realmente estimable, no desea nada más que lo que justamente se merece, y no se le puede rehusar sin percibirlo como una ofensa. Por el contrario, la otra (la vanidad) nunca encuentra satisfacción... aunque en secreto guarde conciencia de que desea más de lo que se merece”¹².

Smith demuestra que aún el hombre que desea la virtud en sí misma como fin último y a quien le son indiferentes las opiniones ajenas, se siente feliz al estar consciente de ser el objeto de honor y aplauso. De manera que aún en el “amor a la virtud” encontramos cierta referencia a la opinión de los demás, y en esto hay afinidad con el “amor a la verdadera

¹¹ Adam Smith, *The Theory of Moral Sentiments*, p. 453.

¹² *Ibid.*, p. 454.

gloria”. La diferencia consiste en que el agente no se siente ansioso por conocer los sentimientos de los demás hacia él (no es vanidoso), mientras que el que ama la gloria sí, aún cuando sus acciones sean meritorias están mezcladas con pasiones innobles, además de estar expuesto en mayor medida a la ignorancia e injusticias humanas, en tanto su felicidad está expuesta a la envidia ajena y a la locura del público, al depender ciegamente de su azarosa opinión¹³, es decir, el sujeto no logra establecer una referencia a la propia dignidad, a la imagen propia de respeto y honor. En cambio, la felicidad de aquel que ama la virtud en sí misma tiene su felicidad asegurada y es independiente del capricho público, tiene como referencia la buena opinión que él tiene de sí mismo en su conciencia reflexiva, como “espectador imparcial” quien no depende del elogio y logra ser “conciencia autónoma”, en ese sentido es libre al no depender sino de su propia opinión.

Smith resuelve la paradoja mandevilliana “vicios privados, hacen virtudes públicas”, en primer lugar porque evita la definición rigorista de virtud del estoicismo absoluto adoptada por Mandeville en el nivel teórico, en segundo lugar porque no identifica el “amor propio” con el egoísmo, más bien lo considera como una forma del amor al prójimo gracias al “sistema de la simpatía”, el cual consiste en un imaginario cambio de posiciones. En ningún sentido se puede decir que el “sistema de la simpatía” es egoísta:

“Es verdad que cuando yo me identifico con su pesar... cabría decir que mi emoción se basa en el amor propio, puesto que brota porque yo asumo su caso, me pongo en su lugar, y concibo así lo que yo sentiría en tales circunstancias. Pero aunque es correcto argumentar que la simpatía surge de un imaginario cambio de papeles, y concibo así lo que yo sentiría en tales circunstancias... aunque es correcto argumentar que la simpatía surge de un imaginario cambio de papeles con la persona principalmente afectada, no se supone que este cambio imaginario tiene lugar en mi propia persona y carácter, sino en los de la persona con la cual simpatizo. Cuando me duelo por la muerte de su único hijo, con objeto de identificarme con su aflicción no pienso en lo que yo mismo,... sufriría si tuviese un hijo y si ese hijo desgraciadamente muriese; lo que hago es considerar cuánto sufriría yo si yo fuese en realidad usted, y no sólo cambio con usted el contexto sino también las personas y los caracteres. Mi pesadumbre..., obedece por entero a su causa y en nada a la mía.”¹⁴

El “principio de la simpatía” no consiste en reducir a mi subjetividad el sufrimiento del otro, sino en salir de mí mismo hacia el otro que sufre, es decir, no es un movimiento solipsista sino una tendencia hacia la universalidad del otro, por ello es incorrecto identificarlo con el egoísmo. En tercer lugar, Smith resuelve la paradoja mandevilliana al considerar insuficiente la belleza resultante de la contemplación del orden social y de su carácter de utilidad pública como criterios suficientes para juzgar la moralidad de una acción. Mandeville considera virtud pública a la producción de felicidad de la sociedad,

¹³ La opinión pública siempre corría el peligro de estar mal informada, a diferencia del “espectador imparcial”, quien era omnisciente, una especie de semidios, un ojo inscrito en nuestra naturaleza a semejanza de Dios, quien todo lo ve y todo lo conoce. El “espectador imparcial” podía tener perfecto conocimiento de los móviles, acudir a él por aprobación significaba ser merecedor del aplauso por una acción apropiada. El juicio de aprobación público operaba como una señal de la certeza interior.

¹⁴ Smith, *Op. cit.*, p. 554.

Smith la acepta como una parte de las condiciones de la virtud, sin embargo, como ya apuntábamos es insuficiente, pues faltaría la identificación de los móviles de la conducta y su aprobación por parte del “espectador imparcial”.

En cuarto lugar, Smith rechaza al derecho y a las costumbres como los criterios determinantes de la distinción entre el bien y el mal¹⁵, supone la existencia un principio previo a la ley del derecho que juzgue acerca de la propiedad e impropiedad de las acciones, si bien se niega a aceptar que descansa en la razón como suponían los racionalistas¹⁶, sino en el sentimiento o emoción inmediata, y ello no es egoísmo como sostenía Mandeville. Se opone tanto al estoicismo absoluto y al racionalismo filosófico, como también a las teorías del “amor propio” que identifican al “amor propio” como egoísmo.

Los editores de Smith admiten algunas deudas de su pensamiento a Mandeville, aunque no las reconoció abiertamente más que en un pequeño pasaje en la *Riqueza de las Naciones*, porque tal vez temía que si sus lectores lo identificaban con un pensador tan controversial, su obra no hubiese tenido la aceptación deseada. Smith toma prestada de Mandeville su teoría de la división del trabajo, reconocido por el mismo Marx¹⁷. Además de aceptar al “interés propio” como una de las pocas pasiones que encontramos en el fondo de las acciones humanas. En la *Riqueza de las Naciones* y parafraseando a Cleómenes en la *Fabula de las Abejas*, nos dice: “la incansable industria del hombre para abastecerse de todas sus necesidades y su constante búsqueda por mejorar su condición” (II, 129), Smith afirma que “el deseo de mejorar nuestra condición nos viene desde que estamos en el útero materno”¹⁸ y en ello coincide con Mandeville. Confrontaremos a continuación los dos sistemas de moralidad, la del “espectador parcial”¹⁹ heterónimo mandevilliano, quien depende ciegamente de la opinión pública, frente al del “espectador imparcial” de Smith que tiene su propia imagen de dignidad como referente valorativo último de sus acciones, la autonomía de su conciencia moral.

&3.- El “espectador parcial” mandevilliano frente al “espectador imparcial” smithiano

Smith reconoce al igual que Hutcheson el concepto de la “simpatía” como la única capacidad humana que permite el juicio moral, le critica el no haber considerado al “amor-

¹⁵ Nótese la analogía de la crítica smithiana con la que previamente Hume le había hecho a Mandeville, en el sentido de cómo las distinciones entre vicio y virtud no son el resultado de la educación, de las costumbres y de la tarea de los legisladores, no primariamente al menos, pues era necesaria una precondición, a saber, la de un sentido moral, que consistía en aquel carácter de “ser afectado” por los sentimientos de la humanidad. Sin dicha precondición, la educación y la instauración de nociones morales habrían sido imposibles, incomprensibles a los oídos de la sociedad. Ese sentido moral era más originario que el principio de la simpatía smithiano, pues no resultaba de un acuerdo entre los sentimientos propios y ajenos, sino en un “sentimiento de humanidad” innato y anterior al imaginario cambio de posiciones.

¹⁶ Este destierro de la razón como el lugar privilegiado de la moralidad es compartido por la Escuela Escocesa en general y por el sistema del “amor propio” mandevilliano, que Smith llama “De los sistemas licenciosos”.

¹⁷ Véase Karl Marx, *El Capital*, I, p.354.

¹⁸ Véase Smith, *La Riqueza de las Naciones*, II, iii, p. 307.

¹⁹ La denominación “espectador parcial” es una interpretación propia al egoísta mandevilliano que depende de la opinión pública y de su buena imagen social.

propio” motivo para la acción virtuosa, pues para Smith el prudente cuidado que una persona pueda poner en sus asuntos (amor propio), puede ser una virtud. Considera como contrario a nuestra naturaleza y una imposibilidad moral, la exigencia de Hutcheson de negar el placer de la “auto-aprobación” al interior de la conciencia subjetiva, como algo que le resta mérito a la acción benevolente²⁰:

“...Dr. Hutcheson muestra, que cuando en una acción que supuestamente procede de un sentimiento de benevolencia, se descubre algún otro motivo, el sentido del mérito de esta acción disminuye en la medida en que se crea que este motivo influyó en él. Si cualquier acción supuestamente procedente de la gratitud, se descubre provino de la expectativa de algún nuevo favor... tal descubrimiento destruye el mérito.... Dr. Hutcheson estaba tan lejos de permitir que el “amor propio” fuese la causa de una acción virtuosa, que aún el placer de la auto-aprobación, del comfortable aplauso de nuestra conciencia, de acuerdo con él, disminuye el mérito de una acción benevolente. Pensaba que era un motivo egoísta, y que si contribuía a la acción ello demostraba la debilidad de una benevolencia pura y desinteresada... Sin embargo, para el juicio común de la humanidad esta tendencia a la aprobación de nuestra mente está lejos de disminuir el mérito de la acción, todo lo contrario, ese debe ser visto como el motivo por el que merece el apelativo de virtuoso.²¹

Lejos de considerar que la “auto-aprobación” demerita la acción, Smith desarrolló una línea argumentativa que sostenía que una tendencia prudente hacia nuestros propios asuntos podría ser una virtud, y que era posible distinguir esta virtud de lo que Mandeville suponía como egoísmo y por tanto un vicio. Demostró cómo una amplia gama de nuestras acciones se originaban de una fuente muy diversa de motivos, los cuales incluían el “interés propio”, pero con la diferencia de no juzgar dichos motivos como anti-sociales o perversos, sino totalmente naturales, dado que:

“cada hombre, como afirmaban los Estoicos, busca su propio cuidado; y todo hombre es ciertamente en todos aspectos, mejor apto y hábil para cuidarse a sí mismo que a otras personas...”²².

Aún la auto-disciplina, el principio estoico que significa control y todas las características masculinas de los ciudadanos independientemente de la fortuna, y tal vez el elemento más importante de la conducta virtuosa como Smith la entiende, presupone el “amor-propio” como la más natural propiedad de la constitución humana:

“El hombre que actúa de acuerdo a las reglas de la perfecta prudencia, de la estricta justicia y de la apropiada benevolencia, se puede decir que es perfectamente virtuoso. Pero el más perfecto conocimiento de aquellas reglas no le lleva a actuar de esa manera; sus propias pasiones son bastante aptas para desviarlo... a veces lo seducen para violar todas las reglas que él mismo, en sus horas más sobrias,

²⁰ Adam Smith, *The Theory of Moral Sentiments*, VII, ii, 3, p. 445.

²¹ *Ibid.*, VII, ii, 3-13, p. 445-445.

²² *Ibid.*, VII, ii, i, i, p. 445.

aprueba. El mejor conocimiento y sabiduría, si no está apoyado por la más perfecta auto-disciplina, no le permitirá hacer su deber.²³

Para Smith, la virtud de la prudencia es aquella que nos lleva a procurar nuestra existencia material, como comer, dormir y protegernos, pero también a procurar la autoestima. El “amor propio” que es el cuidado de la propia existencia, como también lo entiende Mandeville, es el componente de la prudencia. El “amor propio” tiene un principio material llamado autoconservación y uno espiritual conocido como autoestima, que consiste en la imagen de aprobación propia; Mandeville coincide sin problema con esta concepción de corte spinozista, sólo que con la variante de dividir ese “cuidado del ser” en dos principios, el “amor propio” (*self love*) y el “apego-de-sí” (*self-liking*), el primero es material, mientras que el segundo es espiritual, y consiste en la imagen de aceptación propia (autoestima), igualmente necesaria a nuestra saludable preservación. La diferencia entre ambos filósofos descansa en el referente de la aprobación de la imagen subjetiva, mientras que en Mandeville depende de la opinión pública que es “heterónoma”; en Smith, la aprobación proviene del “hombre interior”, a saber, de un juez crítico e imparcial al cual llama “espectador imparcial”, que no es ni el sujeto empírico, ni el prójimo de la vida cotidiana, sino un “hombre ideal”, su aplauso es el decisivo al juzgar la propiedad de una acción como buena.

Conclusiones:

En la ética smithiana, el aplauso público funciona como una señal que viene a confirmar la propiedad moral de la conducta, lo cual evita una dependencia rastrera en los caprichos de la opinión. El sujeto más dependiente del aplauso real que del imaginario está alienado, al depender más de la opinión pública que la que le brinda su “espectador imparcial” y estar mal informado²⁴, ello le genera incertidumbre e inseguridad acerca de su autoestima. Para Smith, el deseo de aplauso de un sujeto se busca como una justa retribución al mérito, como una señal de certeza de la acción buena, es el deseo de una retribución justa y bien merecida. El mérito no depende del aplauso sino del ser “objeto digno de aplauso”, mientras que en la moralidad mandevilliana lo importante es la señal en sí misma, el signo de aprobación de la sociedad es lo sustantivo.

En la ética smithiana, descubrimos dos tipos de reconocimiento: uno autónomo que depende de la conciencia subjetiva y uno heterónomo que depende de la conciencia pública. Cuando el sujeto posee la certeza de la propiedad de su conducta, le es legítimo exigir el reconocimiento de la comunidad como la justa recompensa de una acción buena, cuando no se realiza la compensación del reconocimiento público, esto se debe a la mala información de la opinión pública. Smith supone como condición del reconocimiento interior, el conocimiento perfecto de los móviles de la acción por parte del “espectador imparcial”, de su benevolencia, de los sentimientos simpáticos y de la justicia. No obstante, es la habilidad disciplinada del agente más que el “perfecto conocimiento” del

²³ Ibid., VI, section III, “Of Self-Command”, p. 349. La traducción es propia basada en la versión inglesa.

²⁴ Nótese que una de las características más importantes del “espectador imparcial” es su omnisciencia, es el espectador perfectamente informado. La mirada pública es un espejo que me confirma como una señal de estar en lo correcto, para ello sirve el elogio, el sujeto lo exige como una retribución justa. Cuando el reconocimiento público falla es debido a una mala información, al público mal informado.

deber, lo que le permite a los hombres realizar su moralidad, aún cuando vemos que se trata de individuos que se cuidan a sí mismos y entablan negocios basados en el “interés propio”, lo cual es una característica de las “sociedades de mercado”.

Smith demuestra cómo a pesar de no necesitar de la benevolencia del carnicero, ni del panadero²⁵ cuando apelamos al “interés propio” al demandar su carne y su pan para nuestra cena, no obstante conservamos la capacidad de entender y evaluar moralmente su conducta. Su propósito era mostrar contrario a la postura mandevilliana cómo los hombres manifiestan una amplia gama de combinaciones del “amor-propio” y de la simpatía adecuadas a múltiples formas de sociabilidad, no necesariamente vicios. El objetivo principal de la teoría moral smithiana era mostrar cómo el “interés-propio”, mitigado por la simpatía y la “auto-disciplina” (*self-command*), pueden producir acciones prudentes y benéficas, aún en las relaciones maximizadoras de la utilidad del intercambio de las “sociedades de mercado”.

La comprensión del progreso social smithiano consideraba a la *Fábula* de Mandeville una forma de explicar el funcionamiento comunitario del orgullo, de la vanidad y de la competencia por el status y la ambición, que siempre amenaza con corromper nuestros sentimientos morales alentando a la masa de los hombres a adorar al rico y grande, mientras dejamos de lado la dignidad del pobre:

“Esta disposición de admirar, y casi adorar, al rico y poderoso, y despreciar o al menos olvidar al pobre, aunque si bien es necesario establecer y mantener la distinción de rangos y el orden en la sociedad, es al mismo tiempo, la mayor causa universal de la corrupción de nuestros sentimientos morales...”²⁶.

Smith argumenta de manera análoga a la tesis mandevilliana cómo en las condiciones modernas “la adquisición de fortuna es el medio como la mayor parte de los hombres intentan y desean mejorar su condición”²⁷, cómo la diferencia y la jerarquía son características “naturales” de la vida social, que ayudan a construir los fundamentos de la estabilidad aún en sociedades comerciales de gran movilidad,²⁸ de acuerdo con Mandeville y Hume. Smith creía que las aspiraciones materiales de los grandes y poderosos no eran más que vanas ilusiones, en la *Riqueza de las Naciones* ridiculiza las falsas pretensiones de los mercaderes que dicen estar buscando el bien público, también crítica a los grandes señores de la Edad Media que argumentaron que destruían sus dominios, “ello era más apto a los juegos de los niños que a los asuntos serios de los hombres.”²⁹

Las principales objeciones de Smith contra Mandeville estaban en un ámbito más fundamental, el principal error de la *Fábula* fue no haber distinguido entre el “deseo de alabanza” objeto primario del orgullo, de aquello que es “digno de alabanza” (*praiseworthy*), una categoría que le parece fatalmente ausente de la teoría moral mandevilliana, dado que:

²⁵ Véase *La Riqueza de las Naciones* de Smith, FCE, p. 17.

²⁶ Smith, *The Theory of Moral Sentiments*, I, iii, 3, “Of Propriety”, p. 84.

²⁷ Smith, *La Riqueza de las Naciones*, II, iii, p. 305.

²⁸ Smith, *The Theory of Moral Sentiments*, III, 2-3- y VI, 2, 1.

²⁹ Smith, *La Riqueza de las Naciones*, III, Libro IV.

“el deseo de aprobación, y la aversión a la desaprobación de sus congéneres (*brethen*), no es lo único que ha hecho al hombre adecuado a la sociedad. La Naturaleza le ha provisto no sólo por un deseo de ser aprobado, sino por un deseo de ser aquello que debe ser aprobado, o de ser aquello que él aprueba en otros hombres. El primer deseo no sólo lo ha hecho desear adecuarse a la sociedad. El segundo era necesario para inspirarle el verdadero amor a la virtud, y el aborrecimiento real del vicio. En cualquier mente bien formada el segundo deseo parece el más fuerte de todos. Sólo la clase más débil y superficial de la humanidad es quien se siente más alagada por una alabanza que saben inmerecida... Esta auto-aprobación, es el objeto principal que debe desear y buscar. El amor por ella es el amor a la virtud.”³⁰

Smith niega la dependencia absoluta del hombre hacia la alabanza en sí misma, sino al ser “objeto digno de esa alabanza”, es decir, apela a algo sustantivo e innato en la condición humana, a algo referido a un impulso natural, a saber, ser digno de elogio. El sujeto desea ser ese objeto de alabanza, cuyo placer depende no del elogio en sí mismo sino de la “imagen de dignidad reflexiva”. Una alabanza sin fundamento es vanidad, no nos brinda un goce sólido, ni nos brinda ese sentimiento de plenitud. Un hombre de mérito no depende del aplauso ajeno sino del propio, lo que a la luz de su conciencia él aprueba de su conducta:

“El hombre consciente de sí mismo que ha observado aquellas medidas de conducta que la experiencia le enseña como generalmente agradables, se refleja con satisfacción en lo apropiado de su comportamiento. Cuando la ve a la luz bajo la que el espectador imparcial la vería....mira hacia atrás en cada parte de sus actos con placer y aprobación, y aún cuando nadie se de cuenta de lo que ha hecho, se ve asimismo, no de acuerdo a la luz de cómo lo ven los demás hombres...”³¹.

La *Fábula* fue incapaz, en opinión de Smith, de brindar una teoría suficientemente adecuada para explicar un hecho empírico fundamental, la existencia de seres humanos que efectivamente actuaban movidos por sentimientos de benevolencia hacia los demás, y deseaban ser alabados por este tipo de acciones más que de las acciones enmascaradas e hipócritas:

“El hombre prudente... es muy capaz de amistad. Aunque su amistad no es ardiente y apasionada... es un sedante, y un compromiso fiel y estable a pocos pero una bien escogida compañía; no se guía por la admiración y los cumplidos de los otros, sino en la estima sobria de la modestia, discreción y buena conducta.”³²

Smith se da cuenta como a Mandeville le faltó descubrir la “facultad de la conciencia”, así como el no haber sido capaz de explicar otros sentimientos provenientes del “amor-propio” que no son egoístas. En su opinión Mandeville permaneció ciego a un hecho psicológico evidente, que los mismos hombres se reflejan sobre sus propios deseos y acciones, y que dicho reflejo y reflexión le permite hacerse una “auto-crítica”, una condena y tener

³⁰ Smith, *The Theory of Moral Sentiments*, III, 2, 7-8., p. 170.

³¹ *Ibid.*, p. 169

³² Smith, *Op. cit.*, VI, i, p. 310-318.

sentimientos de culpa, aun cuando nuestros deseos inmorales permanezcan ocultos a otros, y aún cuando logremos su gratificación y sean alabados.

Smith invoca la autoridad de la conciencia a través de su idea del “espectador imparcial”, esa autoridad nos es dada para guiar nuestras vidas:

“Independientemente de donde supongamos están los fundamentos de nuestras facultades morales, ya sea en una cierta modificación de la razón, en un instinto llamado sentido moral (*moral sense*) o en cualquier otro principio de la naturaleza, no podemos dudar que nos fue dado para dirigir la conducta de nuestra vida... se nos fueron dados como los árbitros supremos de todas nuestras acciones, para mandar a nuestros sentidos, pasiones y apetitos, y juzgar qué tanto los debemos someter o liberar.”³³

Estas facultades juzgan o nos recompensan, censuran o aplauden todos los otros principios de nuestra naturaleza. Lo más importante de las tesis morales smithianas es la postulación de la facultad crítica de la conciencia³⁴ pero provista de un fundamento intersubjetivo firme, gracias a la introducción de la figura del “espectador imparcial” quien capacita al sujeto para juzgar sus propias acciones y evaluar correctamente sus deberes. La conciencia crítica surge de la posición imaginaria de un sujeto que se contempla y se juzga a sí mismo *como si* fuese otro, este simulacro de “aparecer como otro” en la representación es necesaria al juicio moral, y de manera adicional a nuestro juicio, tenemos a los espectadores bien informados de la opinión pública, que nos vienen a confirmar nuestras certezas morales:

“nos suponemos a nosotros mismos como espectadores de nuestra propia conducta y nos imaginamos el efecto que bajo esta luz, nos produce a nosotros mismos...pues este es el único cristal por medio del cual en alguna medida con los ojos del público, podemos escrutinar lo apropiado de nuestra propia conducta.”³⁵

A pesar de que la conciencia moral del agente refleja los sentimientos de otros espectadores, el peso de la opinión pública no tiene la última palabra en el reconocimiento de aprobación moral. La conciencia moral es potencialmente libre de parcialidad hacia uno mismo, pues a diferencia del “espectador real” que busca el aplauso, el “espectador imaginario” de Smith está gobernado por un natural deseo de dignidad y mérito, es decir, el ser digno de alabanza (*praiseworthiness*), este es el hombre que se dirige a sí mismo (*self-command*):

“Algunos filósofos al juzgar la naturaleza humana...le han imputado el amor a la alabanza, o a aquello que han llamado vanidad, a toda acción que debía ser adscrita al ser digno de alabanza...Un hombre sabio puede frecuentemente rechazar la alabanza, aún cuando se la merezca...así como el hombre es el juez de la humanidad, pero el juicio debe depender de un tribunal superior, el tribunal de su propia conciencia, a aquel espectador imparcial y bien informado, a aquel hombre que dentro de su pecho, es el mayor juez y arbitro de su conducta... La jurisdicción

³³ Smith, *Theory of Moral Sentiments*, III, 5., p. 233.

³⁴ Es interesante encontrar en la categoría de “espectador imparcial” el rudimento de la razón práctica kantiana, a quien no le era ajena la *Teoría de los sentimientos morales* de Smith.

³⁵ Smith, *Theory of Moral Sentiments*, III, i, 5. p.161.

de un hombre así debe fundarse en el deseo de merecer o ser digno de alabanza (praiseworthiness)... y el deseo de poseer aquellas cualidades, y realizar aquellas acciones que amamos y admiramos en los demás.”³⁶

Esta cita es una clara oposición al sistema de Mandeville, es justo por esta distinción entre el “amor-a-la-alabanza” y el “ser-digno-de-alabanza” como Smith logra transformar el calificativo de vicio y por tanto trascender la paradoja mandevilliana, lo cual constituye una legitimación importante en la construcción de las sociedades modernas.

Bibliografía:

Goldsmith, M.M; “Bernard Mandeville and the Spirit of Capitalism”, *Journal of British Studies* 17, 1977, 63-81.

-----; “Regulating Anew the Moral and Political Sentiments of Mankind: Bernard Mandeville and the Scottish Enlightenment”, *Journal of the History of Ideas* 49, 4, 1988, 587-606.

Hirschman, Albert, *The Passions and the Interest: Political Argument for Capitalism Before its Triumph*, Princeton, Princeton University Press, 1977.

Hume, David; *Disertación sobre las pasiones y otros ensayos morales*, Antrophos, Madrid, 1990.

-----; *Investigación sobre los principios de la moral*; Austral, Madrid, 1991.

-----; *A Treatise of Human Nature*; Oxford Univesity Press, 2001.

Mandeville, Bernard; *An Enquiry into the Origin of Honor, and the Usefulness of Christianity in War*, by “The Autor of the Fable of the Bees”, Londres, J. Brotherton, 1732. Reimpresión con introducción de M.M. Goldsmith, Londres, Cass Reprint, 1971.

-----; *The Fable of the Bees: Or, Private Vices, Publick Benefits*, con comentario crítico e histórico, editado por J. B. Kaye, 2 volúmenes, Oxford, Clarendon Press, 1924.

J.G.A.Pocock en *Virtue, Commerce and History* , Cambridge, Cambridge University Press, 1985.

Smith, Adam; *The Theory of Moral Sentiments*, editado por Raphael and Macfie, Oxford University Press, Oxford, 1976.

-----; *La teoría de los sentimientos morales*, Alianza Editorial, Madrid, 2004.

-----; *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, Fondo de Cultura Económico, México, D. F., México, D. F., 1997.

³⁶ Ibid., III, ii, p. 184-186.